

¿POR QUÉ LEER?

Leer y vivir



M. Vázquez Montalbán

Un viejo y sabio bolero dice: «Se vive solamente una vez» y sería cierto si no se leyera. Si leemos, vivimos más veces. Todas las vivencias que nos proporcionan la imaginación de los escritores, sus fabulaciones, sus personajes, sus reflexiones, sea el género literario que sea, son repetidas ventanas a otras vidas que nos implican y multiplican la nuestra. La escritura sirvió para comunicarse y testimoniar, pero también para ofrecer alternativas a la realidad inapelable. Uno de los mejores poetas de todos los tiempos, T.S. Eliot, trazó un programa de vida para su personaje: «Leer hasta entrada la noche / y en invierno viajar hacia el sur». Mediante la lectura se ilumina la noche interior y exterior, y en invierno, sobre todo en el invierno anglosajón de Eliot, el cuerpo puede asumir que lo más profundo del hombre es la piel y buscar el medio propicio del calor y del sol: el sur.

Es cierto que la oferta de imaginación y de imaginarios presentada por lo audiovisual modifica la relación de monopolio que tuvo la lectura hasta mediado el siglo XX. Pero no sustituye la lectura, porque sólo leyendo nos convertimos en cocreadores absolutos del mensaje que hemos recibido. Lo audiovisual nos condiciona con la presencia delimitada de los sonidos, las cosas, las siluetas de las personas. La

lectura nos obliga a completar por nuestra cuenta el ejercicio de creación del escritor y en condiciones activas, a entrar en forcejeo con el texto, recibirlo tantas veces como sea necesario e incluso impugnarlo. Cualquier otro sistema de mensajes nos condena a una cierta pasividad y en cambio el mensaje leído nos obliga a la activi-

dad. Por eso el hábito de leer es en sí mismo educativo de la personalidad participativa y entra en conflicto con unas pautas sociales que tienden a hacernos pasivos. Leer es casi una declaración de rebeldía del espíritu frente a la obscenidad de la realidad cosificada y al parecer inapelable. ■



ANASTASSIJA ARCHIPOVA.